



DIFÍCIL VUELTA ATRÁS

Llega a mis oídos la situación de una familia, que, por un conflicto sucesorio, ya no se hablan los hermanos. Igual que llega a mis oídos la de dos hermanos, que, por un malentendido respecto al uso de una casa compartida, ya no se hablan tampoco.

Y hace nada me entero del fallecimiento de un padre, que llevaba diez años sin hablarse con su hijo (y que está desesperado por no haber sabido encontrar la oportunidad de rehacer la relación).

Defiendo (algunos me lo habéis oído decir) la “normalidad” del conflicto. Creo que en toda relación viva se generan conflictos, y que hay que vivirlos con naturalidad y saber superarlos. Pero es muy, muy importante esto último: saber superarlos. Porque especialmente en contextos familiares, en los que hay mucha historia y las emociones pesan, las posibilidades de que estos conflictos se enquisten son altas, y cuanto más tiempo pasa, más difícil es la vuelta atrás.

Por tanto, ojo con tensar la cuerda más de la cuenta, provocando encontronazos gratuitos. Ojo con sensibilidades a flor de piel, que generan conflictos evitables, y sobre todo ojo con dejar esos conflictos en el limbo, esperando que un día se solucionen. Porque la vuelta atrás cada día que pasa es un poquito más difícil, y porque la vida no nos garantiza que tengamos tiempo ilimitado para hacerlo.

Me duele ver tantas familias que no se hablan por tantos conflictos enquistados. Porque los veo tristes a todos, a unos y a otros.

Yo reconozco que provoco conflictos. Y no pocos. Es algo que no me gusta y trabajo en ello. Pero estoy lejos de no hacerlo. Pero reconozco también que no los dejo, que me preocupo y me ocupo de encontrar el momento de solucionarlos. Porque soy consciente de lo difícil que se va volviendo la vuelta atrás. Y me parece que es una gran pérdida el no hablarse con un familiar. Algo de lo que sólo somos conscientes cuando ya no hay la oportunidad de revertirlo.